

LA IGLESIA PARROQUIAL DE CIGALES

A doce kilómetros al norte de Valladolid se encuentra la villa de Cigales, en el centro de una comarca cuya principal riqueza es el viñedo. Fué sitio real cuando la Corte residió en Valladolid. Determinados acontecimientos hicieron resaltar su nombradía. Allí nació Ana de Austria, la que llegó a ser cuarta esposa de Felipe II, y allí falleció la Reina de Hungría Doña María, hermana del Emperador Carlos V.

No es de extrañar entonces que villa tan fecunda y distinguida cuente, como signo de su pujanza, con algún gran monumento artístico, en este caso la iglesia parroquial, colocada bajo la advocación del apóstol Santiago. Pocas localidades pueden ofrecer un templo tan soberbiamente construido como éste de Cigales. Con mayor justicia cabe decir esto si se tiene en cuenta que todo el edificio está labrado en piedra, material que —contra lo que habitualmente se piensa— existe en gran abundancia en las entrañas de los páramos vallisoletanos. Pero las dificultades de la extracción, acarreo y labrado hacen más frecuente, por resultar de mayor baratura, el empleo del ladrillo, que sin embargo no confiere desde luego la grandeza que otorga la blanca caliza vallisoletana.

Posiblemente el templo que ahora existe sustituya en el mismo lugar al viejo edificio medieval, de menor tamaño. Las grandes proporciones del nuevo templo exigieron terraplenar el lugar, de suyo inclinado. Denúnciase el relleno por unas arcadas, ahora cubiertas, que comunican a la plaza en que se levanta la iglesia un pintoresco aspecto.

Débanse los planos al arquitecto Juan de Sarabia, que aparece citado en las cuentas del archivo parroquial desde 1540. En ellas se nombra a Sarabia *cantero*, que es tanto como decir *maestro de cantería* (denominación que aparece citada en otro documento) o arquitecto, y se afirma que era «maestro de la obra

de la iglesia». Comenzó la obra, según era todavía costumbre, por la cabecera, cuyas proporciones permiten imaginar la grandeza del templo que Sarabia proyectó y que no pudo concluir. De este arquitecto hay pocas noticias. En 1543 se le menciona vecindado en Mucientes (1). Acaso sea hijo de aquel Rodrigo de Sarabia que en unión de Enrique de Egas, Juan Gil de Hontañón y otros maestros emitieron dictamen en 1512 acerca del modo de construir la catedral nueva de Salamanca (2).

En los libros de fábrica van especificándose diversas partidas a favor de Sarabia. Por razones que ignoramos se produjo un pleito entre la iglesia y Juan de Sarabia, que debió de resolverse amistosamente, porque en 1554 siguen pagándose cantidades a este último. La obra progresaba lentamente, como correspondía a tan magno proyecto y a los recursos necesariamente no muy cuantiosos de la parroquia. En 1563 murió Juan de Sarabia, pues en el capítulo de enterrados de ese año se cita una partida de 491 maravedís «de la sepultura de Juan de Sarabia, cantero», lo que indica que fué inhumado dicho arquitecto en la misma iglesia parroquial de Cigales. Todavía en 1564 se sigue pagando, por Sarabia, a Francisco de Quirós y a la mujer de aquél, Catalina Barriga.

La obra ejecutada durante este período debió de ser aproximadamente la mitad del templo. Luego debió de venir una paralización de los trabajos, hasta que años más tarde se determinó acabar la iglesia. Pero habían transcurrido muchos años desde que se hiciera el primer plan. En efecto, Sarabia proyectó un templo con arreglo a un estilo renacimiento lleno de recuerdos góticos. Diego de Praves, el nuevo arquitecto que toma la obra en el último decenio del siglo XVI, tiene unos planes muy diferentes, pues pertenece a la escuela de Juan de Herrera. Se le debió de imponer como condición el aprovechar lo más posible lo ya construído y acomodarse al trazado general del plan primitivo. No obstante, tuvieron que hacerse algunos derribos. Sabemos que en 1591 —la fecha más antigua en que consta que Praves trabajara para la iglesia— se ocupaba el maestro de derribar tres capillas. En 1593 se estaba ya labrando la escalera y barandilla

(1) José Martí y Monsó: *Estudios histórico-artísticos*, pág. 214.

(2) Eugenio Llaguno y Amírola: *Noticia de los arquitectos y arquitectura en España*, Tom. I, pág. 293.

del coro, señal de que las obras llegaban a la delantera del templo. Todavía en 1618 se trabajaba a buen ritmo. Lo prueba una carta de pago otorgada a cuatro de enero de dicho año, en la cual se hace constar que se habían pagado 7.324 reales —cantidad considerable— a los oficiales y obreros y a Juan de Agüero, aparejador de Diego de Praves, para el gasto de la obra de la iglesia (1). En 1620 murió Diego de Praves, quedando al frente de esta empresa su hijo Francisco, tan famoso y diestro como su padre. En 1625 se pagaron a éste 4.000 reales de la cuenta del año anterior (2).

Conocida es de sobra la personalidad de Diego de Praves, que figura al lado de Juan de Nates entre los mejores discípulos de Juan de Herrera. Había trabajado en la catedral de Valladolid, ejecutando el plan de su maestro, y había dado los planos de la iglesia de la Cruz y de la del Convento de San Agustín, entre otros, ambas en Valladolid también. Francisco de Praves se formó al lado de su padre y dejó en Valladolid una gloriosa estela, habiendo desempeñado los cargos de veedor de las obras reales de Valladolid, de arquitecto mayor de la Catedral, de la ciudad y de sus contornos.

Pero ni siquiera Francisco de Praves pudo dar término a tan costosa obra, si bien sólo quedaba ya una torre por edificar. La gloria de terminar tan insigne empresa recayó sobre un preclaro hijo de Cigales, Fray Antonio de Alcalde, obispo de Yucatán y de Guadalajara, en América. En una carta de 30 de octubre de 1766, que conocemos por estar copiada en los libros de fábrica, comunicaba que había resuelto que un inteligente maestro pasase a Cigales a reconocer lo que faltaba por hacer en la obra de la iglesia hasta ponerla en perfección, corriendo todos los gastos a su costa. Difundida la carta entre el vecindario, produjo la consiguiente alegría. Comenzaron los trabajos en 1768 y ya en 1772 habían finalizado. Según Don Gumersindo Blanco López (3), un maestro de obras llamado Godoy dirigió estas últimas operaciones. Pero ya hemos dicho que lo que entonces se hizo fué levantar una de las torres, retocándose también un poco la portada y

(1) Esteban García Chico: *Documentos para el estudio del arte en Castilla. Arquitectos*, pág. 135.

(2) *Idem*, pág. 154.

(3) *Biografía del Ilmo. Sr. D. Fr. Antonio Alcalde*, Valladolid, Andrés Martín, 1905.

el coro. En el arco adintelado de la entrada se renovaron algunas dovelas, poniéndose allí la fecha de 1772, en que terminaron las obras. En el tímpano del arco de medio punto se colocó el siguiente letrero: «Se hizo a expensas del Ilmo. Sr. D. Fray Antonio Alcalde, natural de esta villa, obispo de Yucatán, hoy de Guadalajara, en la América. Año de MDCCLXXII». El no precisarse en la inscripción lo que se hizo, y si no se cuenta con el estudio artístico y documental, podría hacer pensar que Fray Antonio costeó toda la obra de la iglesia, siendo así que solamente se realizó con su dinero una pequeña parte. Además, y por ventura, no hubo variación de plan (razón por la cual intervino un «maestro de obras» y no un arquitecto), de forma que la torre erigida por Fray Antonio es en todo hermana gemela de la de Praves. Hasta tal punto es esto cierto, que resulta embarazoso averiguar cuál es la nueva y cuál la vieja, máxime cuando no figuran en los libros de fábrica las cuentas de la obra, por hacerse ésta por administración directa del sufragante. No obstante, hay algunas indicaciones en tales libros que se refieren a la obra. Así, consta en una partida de 1772 que se pagó cierta cantidad a un maestro relojero «por el trabajo de mudar el reloj del sitio en que estaba en la torre antigua y elevarle adonde ahora se halla». En otra partida del mismo año se dice que el maestro Bartolomé Martín tapó «las dos ventanas de la torre vieja que miran a la nueva». Esta última referencia podría hacernos pensar que la torre vieja es la del lado de la epístola, que tiene algunos huecos tapados. Pero como parece que tales tapamientos no eran obra de fábrica y como además se aprecia mayor vetustez en la torre del lado del evangelio, creemos que es ésta la verdaderamente primitiva.

* * *

La parte más antigua del templo es la cabecera, compuesta de tres ábsides curvos, que no llegan al semicírculo (Fig. 1). Apóyanse los citados ábsides y las paredes laterales del cuerpo de la iglesia en estribos, algunos de los cuales se alojan en las intersecciones de los ábsides. Una imposta volada separa el cuerpo bajo del alto, en el que hay ventanas de arco semicircular, con perfiles, molduras y maineles góticos, hecho tan frecuente —éste de la perduración del estilo ojival— durante la primera

mitad a lo menos del siglo xvi. En el interior se forman tres naves, mayor la central que las laterales, separándose entre sí por columnas, que determinan bóvedas de igual altura (Fig. 7). Por tal razón la planta es claramente del tipo de salón, apareciendo el espacio muy desembarazado, gracias a que las columnas no son demasiado gruesas. Las columnas adosadas a las paredes de este tramo más antiguo de la iglesia, están formadas de diversos junquillos y presentan el fuste acanalado, según un tipo muy usado en el renacimiento español.

Toda la parte descrita, hasta el segundo contrafuerte de la pared de las naves, corresponde a la obra planeada por Juan de Sarabia. Es curioso que este plan guarde una estrecha semejanza con el seguido por Rodrigo Gil de Hontañón en la iglesia riosecana de Santiago, que se levantaba por el mismo tiempo. El triple ábside y hasta la situación de los contrafuertes coinciden tan plenamente, que no se puede pensar en una mera coincidencia. Creemos que Sarabia conocía el proyecto de Gil de Hontañón. También los apoyos del interior son bastante parecidos a los de la citada iglesia de Río seco. Igualmente — y esto es ya sólo accidental — la iglesia de Santiago, de Río seco, se concluyó también bajo plan herreriano. En cuanto a los ábsides, conviene no olvidar que en definitiva no son sino una postrera resonancia de la arquitectura románica.

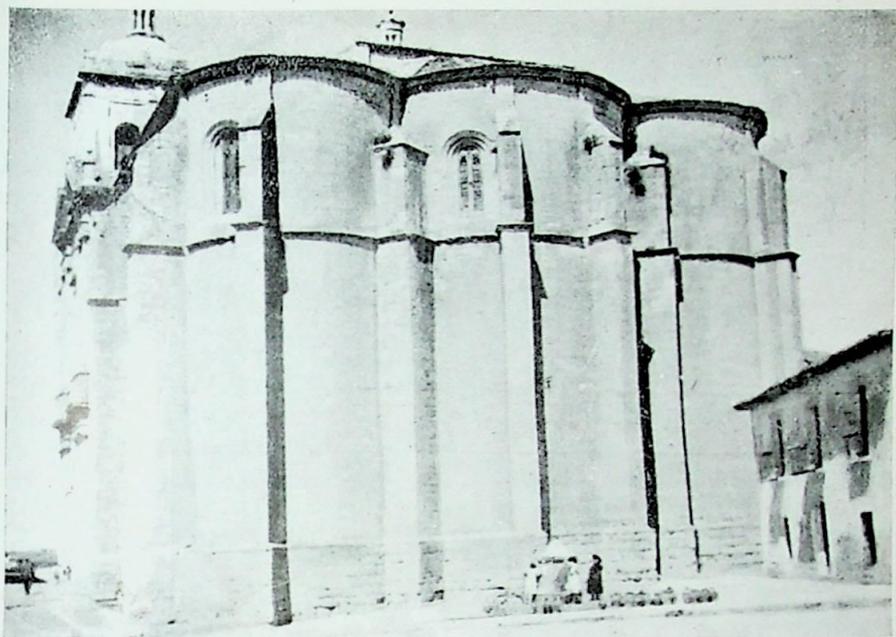
Ya hemos dicho que Diego de Praves se adaptó a lo construido. Sin embargo no podemos precisar si mandó levantar las grandes columnas, sin éntasis, con capitel toscano, en lugar de pilastras, más propias del estilo herreriano; o si al contrario tales elementos pertenecen a lo hecho por Sarabia, aunque en este caso quedaría sin explicar la falta de relación de líneas que tienen con los apoyos acanalados arrimados a las paredes. Dichas columnas lisas son semejantes a las de las iglesias del llamado estilo gótico-vasco, y se usan mucho en la primera mitad del siglo xvi. Seguramente parte de las bóvedas fueron ya levantadas por Juan de Sarabia; serían por tanto de crucería estrellada. Pero sin duda fueron derribadas para ceder sitio a las planeadas por Diego de Praves. Son éstas baídas y de aristas, apadas en arcos apuntados, lo que es una razón para adscribir las grandes columnas que soportan estos arcos a la obra ejecutada por Sarabia (Fig. 7). Adórnanse las bóvedas con fajas y puntas de diamante, formando una decoración en todo semejante a la de las

bóvedas de la catedral vallisoletana, levantadas a partir de 1655. Esto no quiere decir obligadamente que las de Cigales sean posteriores, pues tales bóvedas — como dice Chueca Goitia (1) — constituyen un tópico de la escuela herreriana de Valladolid.

Al exterior, la obra realizada por Diego de Praves se realiza con dos magníficas fachadas: la principal, a poniente, y una lateral, a mediodía (Figs. 2, 3 y 4). Fórmase esta última de dos órdenes, dórico-toscano el bajo y jónico el alto. Véanse las consabidas tarjetas, bolas sobre pedestales y molduras de placa del estilo herreriano, con acompañamiento de nichos, donde se acomodan toscas y muy maltratadas estatuas, que no tienen otra misión que la de acentuar el valor de los miembros arquitectónicos. El tramo o calle central de la fachada aparece rehundido, formándose líneas quebradas, que transmiten un mayor vigor al conjunto. El orden dórico de la fachada ofrece un gran parecido con el de la fachada principal de la Catedral de Valladolid, circunstancia no extraña, sobre todo desde que Chueca Goitia asegurara que este edificio es el patrón de la escuela herreriana de la expresada ciudad y comarca. El cuerpo alto también es semejante al del proyecto de la Catedral, sólo que las proporciones son más exageradamente esbeltas, el orden es jónico y va un relieve de Santiago en lugar de ventana.

El imafronte se constituye por un gran cuerpo central y dos torres laterales; aquél avanzado del pie del hastial, con objeto de dar más corporeidad a unas masas excesivamente secas y de muy escaso resalto (Fig. 5). La portada se constituye a la manera típica herreriana (Fig. 6). Bajo una gran arcada, flanqueada por severísimas pilastras de orden dórico y sirviendo como de pórtico, viene la entrada principal, de hueco adintelado, cubierta con cornisa apoyada en ménsulas y que hace como de dosel. El orden superior ofrece capiteles jónicos, enguirnaldados. Las líneas del frontón se hacen más angulosas con la adición de consolas. El ventanal del coro se protege igualmente con una cornisa. A ambos lados se elevan dos imponentes torres, de cuatro cuerpos. El último — de campanas — se cubre con media naranja, rematada con lucida linternita. Los cuatro solados de las torres se separan mediante cornisas y otras molduraciones, enriqueciéndose

(1) *La Catedral de Valladolid*. Edición del C. S. I. C. Madrid, 1947.

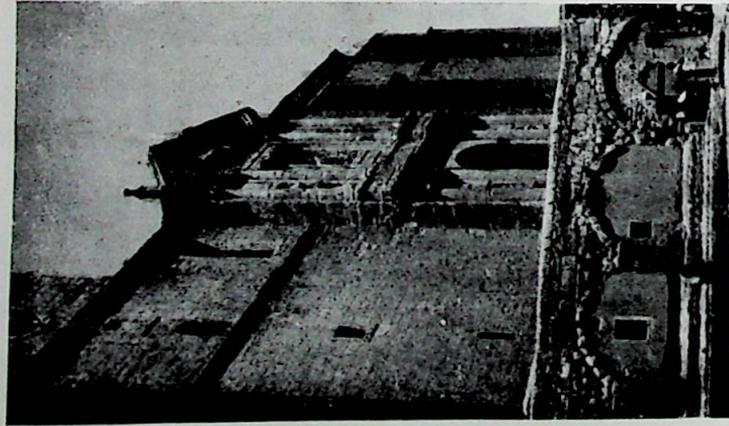


1)

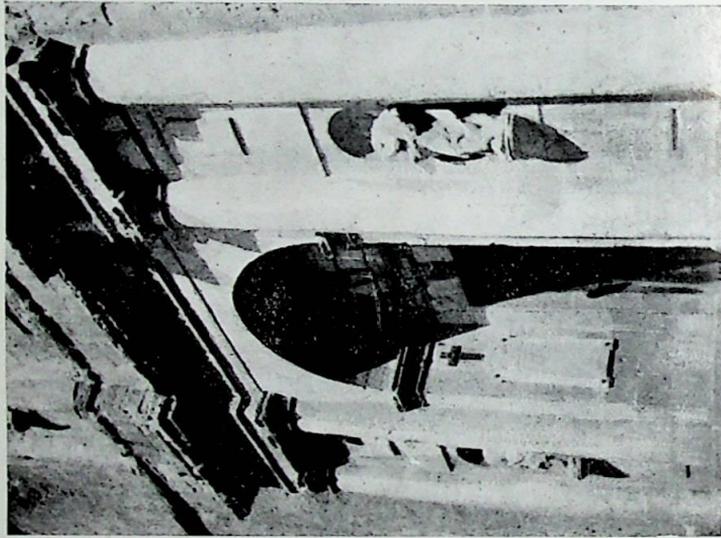


2)

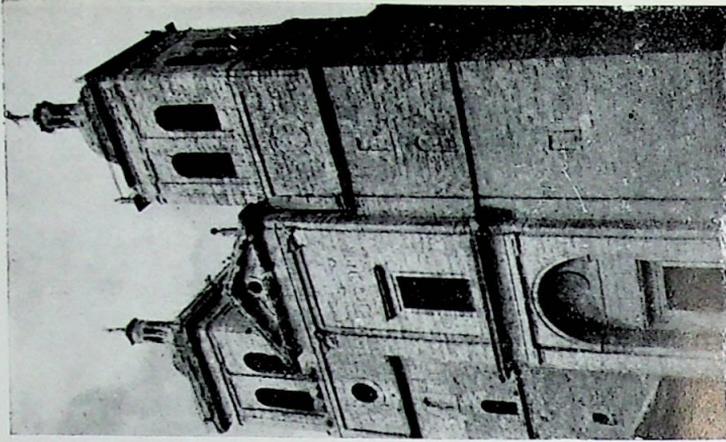
LÁMINA I. Iglesia Parroquial de Cigales. 1) Cabeecera. 2) Cuerpo alto de la fachada del Mediodía.



3)

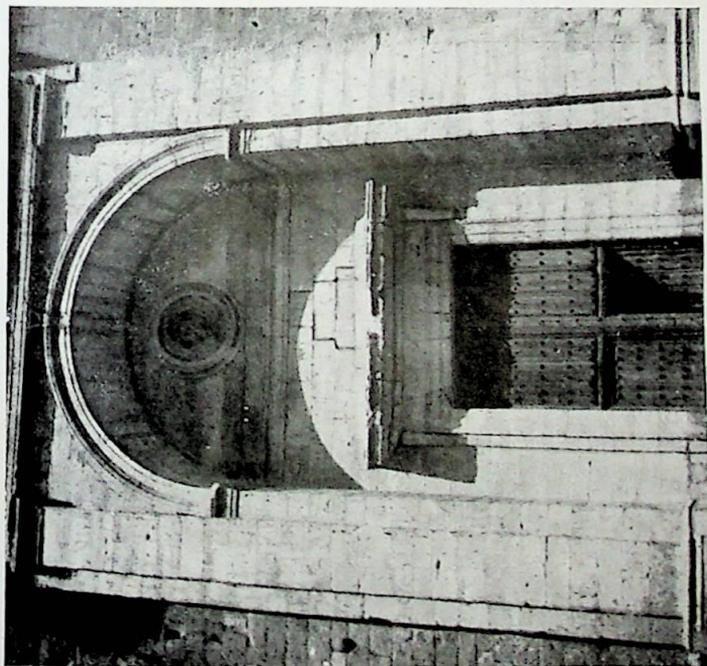


4)

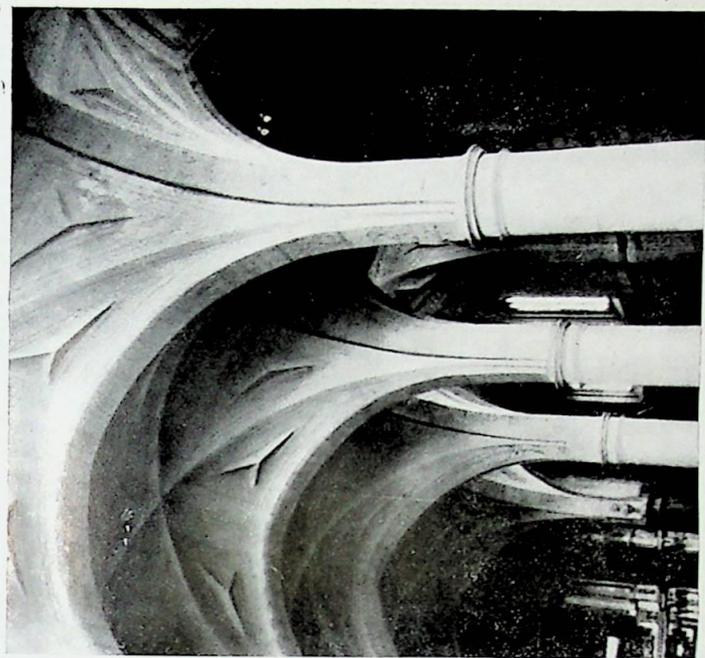


5)

LÁMINA II. Iglesia parroquial de Cigales. 3) Fachada del mediodía. 4) Idem, cuerpo inferior. 5) Fachada principal.



6)



7)

LAMINA III. Iglesia parroquial de Cigales. 6) Portada de la fachada principal. 7) Interior del templo.

parcamente con ventanales y anillos —típicos estos últimos del estilo herreriano— encuadrados con moldura de placa.

La fachada, según se ve, es monumental, catedralicia. El orden bajo es muy semejante al de la fachada de la iglesia de San Agustín, en Valladolid, obra también de Diego de Praves. Incluso se aprecia el mismo defecto —si así se quiere— que consiste en un alargamiento de proporciones, fenómeno un tanto extraño en arquitectos que aplicaron tan severamente los órdenes clásicos. La misma alteración de proporciones se puede notar en el orden alto de esta fachada y en el de la fachada del mediodía. De esta manera el tramo central resulta excesivamente estrecho, acentuándose el efecto debido al empleo de pilastras sencillas, no dobles, de tal forma que las torres parecen constreñir y ahogar dicho tramo. Hay motivos, por tanto, para creer que dicho alargamiento de líneas constituye en Praves una auténtica característica de estilo, lejos de obedecer a un error o a un impositivo circunstancial. Con ello se permite el artista dar a sus templos una altura extraordinaria, colosal, hecho que tanto llama la atención.

La misma severidad y colosalismo que ofrece la iglesia por fuera lo muestra por dentro, donde aparte de lo ya descrito no hay otra cosa que resaltar que la escalera del coro, admirable obra también proyectada por Diego de Praves.

JUAN JOSÉ MARTÍN GONZÁLEZ